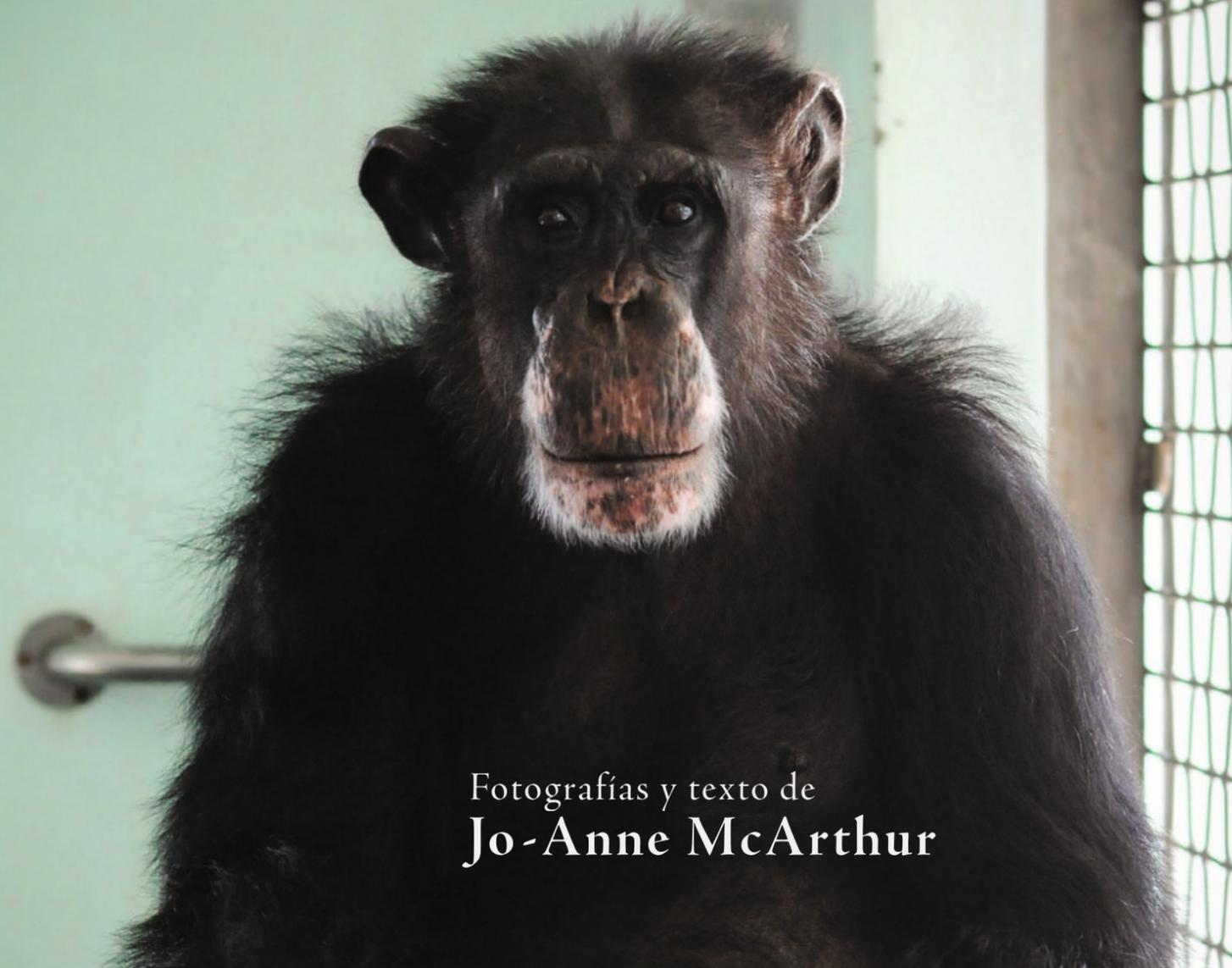


WE ANIMALS



Fotografías y texto de
Jo-Anne McArthur

«Si existe un documento que nos lleve a los seres humanos a reconsiderar por completo nuestra relación con el mundo animal, ese es sin duda este inquietante libro».

— **WADE DAVIS**, explorador miembro de National Geographic Society

«Esta obra nos enseña cómo llevar la luz de la compasión donde solo existen la oscuridad, la soledad y el miedo. *We animals* es una obra de enorme talento que transmite mucho amor. Aparte de mostrar la crueldad y la miseria, envía un gran mensaje de esperanza».

— **MATTHEW SCULLY**, autor de *Dominon*

«*We animals* habla alto y claro sobre las convicciones personales que conducen a alguien a hacerse fotógrafo».

— **LARRY TOWELL**, fotógrafo de Magnum

«A través de sus impresionantes fotografías, Jo-Anne McArthur nos enseña cómo retratar a los animales. Un libro que libera el espíritu y el alma de todos los animales con el mayor de los respetos y sumo cuidado».

— **CAROL J. ADAMS**, autora de *The Sexual Politics of Meat*

«En *We animals* las fotografías de Jo-Anne McArthur nos muestran lo mejor y lo peor del ser humano. A través de su lente podemos observar a otros animales y a nosotros mismos reflejados en ellos; nos hace un llamamiento para que reconozcamos las consecuencias de nuestros actos y para elegir entre la insensibilidad o la compasión».

— **GENE BAUR**, cofundador de Farm Sanctuary

«Una obra de gran talento que sale directamente del corazón. Un libro innovador que transmite integridad, mucho trabajo y enorme empatía. Espero que haya un cambio abismal en todas nuestras conciencias. Por los fantasmas»¹.

— **LIZ MARSHALL**, directora de *The Ghosts in Our Machine*

«Observar las fotografías, impresionantes y desgarradoras, de Jo-Anne McArthur es recordar la dignidad y valía de todas las criaturas vivientes, y abrir los ojos frente al inmenso y redentor poder de la empatía».

— **BARBARA GOWDY**, autora de *The White Bone*

«La fotógrafa de reconocido prestigio internacional, Jo-Anne McArthur, cuyo asombroso trabajo queda reflejado en el documental *The Ghosts in Our Machine*, lo ha vuelto a hacer. En *We Animals*, un libro fascinante y muy oportuno, McArthur nos invita a reflexionar sobre el comportamiento y las normas de la autodenominada como excepcional cultura occidental, desde la explotación y el maltrato más reprobables que damos a los animales hasta nuestro más profundo e incondicional amor por ellos. *We Animals* podría ser, sin lugar a dudas, uno de los libros más importantes de los últimos años que obliga a preguntarse quiénes somos y quiénes son “ellos” (otros animales) y a pensar en profundidad sobre cómo debemos cambiar para que nuestro mundo sea un lugar más seguro, pacífico y compasivo para todos los seres».

— **MARC BEKOFF**, autor de *The Emotional Lives of Animals*

«Estas fotografías de animales, desde escarabajos hasta humanos, aparte de ser hermosas, abrumadoras y fascinantes, también dicen mucho sobre quiénes somos y sobre el lugar que hemos reivindicado como nuestro, y que pertenece a toda la comunidad de seres que habitan en él».

— **DALE JAMIESON**, director de la iniciativa de estudios sobre animales de la Universidad de Nueva York y autor de *Reasons in a Dark Time: Why the Struggle to Stop Climate Change Failed and Why Our Choices Still Matter*

«Jo-Anne McArthur es una testigo muy valiente, de enorme talento y profesionalidad. Gracias a sus espectaculares imágenes y a una prosa conmovedora, este libro abrirá muchos ojos y dejará a más de uno con la boca abierta».

— **JONATHAN BALCOMBE**, biólogo y autor de *The Exultant Ark: A Pictorial Tour of Animal Pleasure*

«No hay nadie que al observar las fotografías de Jo-Anne McArthur no se sienta profundamente angustiado. Sus imágenes tocan nuestra conciencia y nos recuerdan que, tanto solos como en conjunto, tenemos el poder de corregir las cosas. Hay esperanza, tal y como Jo-Anne nos muestra al reflejar la alegría y felicidad de los animales, pero el tiempo se agota y las imágenes horribles que reflejan la crueldad humana se impondrán a menos que actuemos ahora».

— **JILL ROBINSON**, fundadora de Animals Asia

«Una fusión asombrosa de fotografía y reportaje clásico. *We Animals* funciona como herramienta para activistas —mostrándonos la forma de avanzar hacia una vida más compasiva— y también como diario de viaje de una fotógrafa profesional: inspirando a los estudiantes para que sean valientes y dediquen su vida a trabajar en lo que realmente les apasione. Este libro, brillantemente logrado, va a estar con nosotros mucho, mucho tiempo».

— **SUE COE**, autora de *Cruel: Bearing Witness to Animal Exploitation*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 9

**MODA
Y ENTRETENIMIENTO 12**

ALIMENTACIÓN 82

INVESTIGACIÓN 126

COMPASIÓN146

NOTAS DE CAMPO188

AGRADECIMIENTOS 202

NOTAS204

**ANOTACIONES A LÁPIZ DE
JO-ANNE205**

FUENTES 206

**CRÉDITOS
DE LAS FOTOGRAFÍAS 208**



INTRODUCCIÓN

Durante los diez años y medio que llevo siendo reportera gráfica, he conocido cientos de miles de animales. A algunos solo de pasada, pero a otros he llegado a conocerlos durante muchos años. Me he encontrado con animales que soportan y soportaron un sufrimiento y un dolor inimaginables y con otros que han tenido la suerte de ser acogidos por compañeros humanos cariñosos y entregados. He estado en las entrañas de las instalaciones de las granjas industriales y de los laboratorios de experimentación médica, construidos para obtener el mayor beneficio al menor coste (ya sea de esfuerzo, cariño o dinero), en perjuicio de los animales cuyas vidas comienzan y acaban ahí. Sin embargo, también he encontrado refugio en personas y organizaciones que con devoción, ternura y otros recursos alimentan y curan a los más frágiles y desechados por la industria. He presenciado una total indiferencia y una compasión desgarradora, así como simple ignorancia y tortura intencionada. Me he encontrado a mí misma en un mundo de barreras, metal, hedor y desesperación; y en un mundo de espacio, tierra, aire fresco y esperanza.

We animals y el proyecto que lleva el mismo nombre y le dio origen constituyen mi intento de rendir homenaje a los extraordinarios individuos, tanto humanos como no humanos, que he conocido a lo largo del camino. Este libro es una muestra de las cientos de miles de fotografías que he tomado para el proyecto; es mi aportación para la colección de trabajos que sirven para educar a la gente sobre el alcance y la intensidad de la guerra continua que están librando los seres humanos contra nuestros parientes, los animales. Es un esfuerzo por derribar las barreras mentales y físicas que hemos construido, las cuales nos permiten tratar a nuestros semejantes como objetos y no como seres que sienten.

Lo que vas a ver en estas páginas puede sorprenderte o incomodarte. Mi objetivo no es apartarte sino atraerte, acercarte, hacerte partícipe. Quiero que mis fotografías sean bonitas y evocadoras, y también veraces y convincentes. Espero que te tomes tiempo no solo para mirar sino para *ver* —aunque sea como muestra de respeto a los miles de millones de animales de los que desconocemos sus vidas y sus muertes—. Al observar este libro eres testigo junto a mí, lo que significa que hacemos frente a la crueldad y que somos cómplices en ello. Como especie, hemos de aprender nuevas conductas y actitudes y desaprender las antiguas.

Siempre me han encantado los animales. Cuando era pequeña, mis padres me dejaron tener periquitos. No podía dejar que estuvieran en una jaula, así que cuando estaba en casa me permitían que los dejara volar por el cuarto de baño y yo me sentaba encima del lavabo y los observaba. A día de hoy, mis periquitos rescatados vuelan a su aire por toda mi oficina. Cuando tenía ocho o nueve años, solía pasear al perro de los vecinos, una mezcla de pastor y rottweiler que se llamaba Duke y vivía en el jardín; diez años más tarde me hice voluntaria para pasear perros en la *Humane Society* de Ottawa. A medida que fui creciendo, empecé a darme cuenta de que lo que divertía y entretenía a la gente —por ejemplo, animales a los que se enseñaba a mendigar y a hacer trucos— a mí me parecía más que triste, como un simple reflejo de nosotros mismos y nuestra incapacidad de ver a esas criaturas como individuos autónomos. Sin embargo, seguía comiendo carne, visitando zoológicos y utilizando a los animales en las formas en las que la mayoría lo hacemos.

Mi pasión por los animales estuvo marcada por un intenso interés en las fotografías. Mi padre tenía una cámara Minolta con una lente de cincuenta milímetros con la que realizaba la mayoría de las fotos familiares. Me encantaba mirar al detalle y memorizar los álbumes de las vacaciones de verano y Navidad. Cuando alcancé la adolescencia, «tomé prestada» su Minolta. Esta fascinación por las fotografías se convirtió en pasión por la fotografía. Cuando era estudiante universitaria en la Universidad de Ottawa, tuve la oportunidad de elegir *Fotografía 101* como asignatura optativa. En el momento en el que vi salir mis fotografías en blanco y negro de la cubeta de productos químicos, a la luz roja del cuarto de revelado, supe que quería hacer este tipo de magia durante el resto de mi vida. Acabé mis estudios (de Inglés y Geografía) e hice todo lo que pude para perfeccionarme como fotógrafa. Encontré instructores, hice prácticas, ayudé a otros fotógrafos y pasé cada minuto que pude en el cuarto de revelado.

En 1998, comencé a tomar fotografías de lugares por los que pasaba cada día —como mostradores de carne, mercados locales y escaparates de tiendas de mascotas—. Como ignoraba la realidad a la que se enfrentaban muchos animales, visité con mi familia un zoológico de la carretera de Ontario. Todavía tengo una de las fotografías que tomé: se trata de un burro que estaba en un recinto árido tras varias capas de vallas y vigas de madera. Está mirando directamente a la lente de mi cámara. Hay un cartel situado a la izquierda en el

que solo aparece escrito «Burro». En cuanto hice el disparo me sobrevino el sentido de lo absurdo. ¿Cuál era el beneficio de esta exhibición, tanto para el burro como para nosotros? No se aprendía nada. No existía una relación que fuera más allá o en la que se pudiera profundizar. Toda la escena era un insulto, tanto para él como para nosotros.

Más tarde, ese mismo año, me fui de mochilera a Ecuador. Pasé por una casa donde tenían atado a un macaco Rhesus al alféizar con una cuerda. El mono era lo suficientemente pequeño para poder avanzar y retroceder entre los barrotes de seguridad de la ventana y le habían entrenado para sacar cosas de los bolsillos de los transeúntes y arrojar el botín dentro de la casa. Los turistas en las aceras paraban y tomaban fotos mientras el mono llegaba al interior de las chaquetas de la gente y a los bolsillos de los pantalones. Todo el mundo, excepto yo, parecía encontrar la escena divertida. Pensé que era humillante y denigrante para el macaco, así como para los humanos de mi alrededor. Pensé que seguramente podría haber maneras de relacionarse con los animales como el burro y el mono que fueran más serias, menos explotadoras y más educativas que las que nos encontramos aquí. No era muy buena fotógrafa por aquel entonces y, por desgracia, la imagen del macaco está desenfocada y no he podido utilizarla para *We Animals*, pero las fotografías del mono y del burro fueron, en parte, lo que me impulsó a unir mis dos pasiones.

En esa época, tenía como instructor a Larry Towell, un fotógrafo de la prestigiosa agencia de fotografía Magnum. Una tarde estaba en su cocina muy emocionada, contándole diversas historias que quería fotografiar y de repente me preguntó: «¿A dónde quieres llegar?». Me sugirió que parase de perseguir esas ideas y me centrara en lo que conocía y amaba. La pregunta de Larry me atravesó como un rayo. ¿A dónde quería llegar? ¿Qué era lo que buscaba? Estuve pensando sobre ello y me di cuenta de que no tenía la respuesta.

Poco después, empecé el proyecto de *We Animals*. Nunca me ha gustado el uso peyorativo de la palabra animal para describir a alguien que es cruel, sucio, inferior, poco digno o que de alguna forma no encaja en la sociedad humana. «¿Tú animal?», me pregunté a mí misma. «¿Nosotros animales?». Al decir «nosotros, animales», en ese momento, dirigía, de cierta forma, la acusación hacia todos nosotros, a la vez que afirmaba el hecho tan obvio, pero tan normal, de que todos nosotros somos animales: seres que sentimos y que tenemos

ganans y deseos de vivir —y de desarrollarnos— alejados de todo mal.

Normalmente, las imágenes que utilizan los defensores de los derechos animales las toman los activistas, y no fotógrafos, que utilizan cámaras comunes y corrientes o inadecuadas; se realizan desde la misma distancia y altura —normalmente al nivel de los ojos y apuntando hacia abajo al sujeto o situación—. Los activistas y las organizaciones ahora han aprendido que las imágenes potentes constituyen un elemento crucial para cualquier campaña, y están empezando a conseguir resultados más positivos ya que las fotografías que utilizan son más interesantes y crean una conexión entre el sujeto fotografiado y el espectador.

Esto es lo que intento conseguir cuando hago una fotografía. Quiero que el espectador la mire con profundidad y reaccione de manera acorde (ya sea con tristeza o alegría, enfado o determinación). La fotografía debe ser una representación exacta de lo que el animal está experimentando y la situación en la que se encuentra. A su vez, debe contener belleza y humanidad, aunque la situación resulte perturbadora. No quiero tomar solamente fotos de animales enormes que tengan carisma y de cachorros preciosos para que los espectadores se sientan felices y contentos y no les preocupe su bienestar. Las imágenes deben proporcionar al espectador la oportunidad de recabar información. Deben permitirle adentrarse en ellas y retener lo que observa, que se sienta angustiado o intrigado, de tal forma que, finalmente, le obligue a mirar en su interior, que es cuando empiezan las preguntas y los cambios. Mi gran esperanza es que, cuando esto ocurra, el espectador tome la decisión de no apoyar la industria que provoca ese sufrimiento a los animales. Asimismo, quiero que los espectadores compartan las fotografías con otros. De esta forma, la experiencia de un individuo se convierte en catalizador para el diálogo acerca de los derechos de los animales y nuestra responsabilidad hacia ellos.

Desde que empecé a realizar estas fotografías, muchas organizaciones me han honrado a mí y a los animales, cuyas vidas he reflejado, utilizando *We Animals* como fuente. He pasado casi los últimos quince años viajando y tomando fotografías, ya sea en Farm Sanctuary en Watkins, Nueva York; en Snooters Sanctuary de Canadá; o en Edgar's Mission, Australia; del sufrimiento de las aves después del vertido de BP en Luisiana; en Save the Chimps de Florida y Nuevo México o documentando a los toros sin hogar en la India; viajando con Sea Shepherd por el Antártico, o trabajando con Igualdad Animal en España y con la Swedish Animal Alliance.

Me encanta viajar y lo considero muy estimulante. Alimenta mi curiosidad insaciable por conocer el mundo y sus gentes. Sin embargo, además de la emoción, persigo principalmente otros objetivos. A muchos nos resulta más fácil suponer que el maltrato es algo que llevan a cabo otras personas «en otros lugares», que no somos responsables ni estamos implicados y que nuestra propia sociedad es más compasiva y está más avanzada. Las fotografías que he tomado ilustran que una granja industrial es una granja industrial, ya esté situada en Suecia, Australia, Canadá o Camboya. La matanza en un matadero es igual, tenga lugar en España o Tanzania. La otra cara de la moneda es que las imágenes también demuestran el increíble y valiente trabajo que se está haciendo por el bienestar de los animales, desde los refugios para primates de Camerún y los santuarios de elefantes de Tailandia, hasta las organizaciones que ayudan a los osos negros asiáticos de Vietnam y los animales de granja por toda Norteamérica.

Me sigue encantando la fotografía, capturar momentos que son únicos e irrepetibles. Disfruto viajando y conociendo a personas, descubriendo lo que les motiva. La cámara ha resultado ser mi pasaporte perfecto para poder acceder a las vidas de otros (humanos o no), dar el salto y conseguir estar entre bastidores y aprender. Aunque mis fotografías cada vez tratan menos sobre personas o sobre mí; o incluso, sobre la estética de la composición. He descubierto mi objetivo: centrarme en los animales para lograr un cambio importante y duradero en nuestro trato hacia ellos.

We animals está organizado en cinco secciones: tres que examinan la explotación animal, una que conmemora los rescates de animales y los santuarios, y otra que ofrece una instantánea de los diarios que escribí desde 2009 hasta 2013. El libro termina con una lista de recursos que os invito a utilizar para saber lo que podéis hacer para ayudar a terminar con el sufrimiento de los animales. A lo largo del libro ofrezco el contexto de las fotografías e información específica sobre el animal y la industria presentada, para que os hagáis una idea de cuál es el sonido y el olor que se esconde tras las imágenes, como si se estuviera ahí, y (a veces) sobre la decisión que como fotógrafa me llevó a capturar la imagen más evocadora y potente.

Cuando la *Coulston Foundation* de Nuevo México, Estados Unidos, vendió sus instalaciones de experimentación animal a Save the Chimps en 2002, todos los edificios se encontraban intactos —salvo uno, que quedó destrozado tras un incendio—. En 2008, estuve una temporada buscando

entre los escombros del edificio y encontré innumerables gráficos, archivos, libros y diapositivas sobre la experimentación animal, y fotografías de los animales que se utilizaron.

Cuando volví a visitar la instalación en 2011, el edificio había sido arrasado y ya no quedaba nada excepto la losa sobre la que se había construido. Se habían formado grietas en el cemento, de donde brotaban la hierba y las flores silvestres. Recordé la historia del edificio y los miles de experimentos que allí se habían realizado, y que ahora se encontraba vacío y los animales habían desaparecido. Pensé en cómo, a través de las grietas de los muros que existen entre los humanos y los animales y de los cuales los que trabajamos por la liberación animal pensábamos que eran impenetrables e irrompibles, están surgiendo brotes verdes de una nueva actitud hacia ellos.

Ese día, cuando me disponía a partir, algo en el suelo que brillaba por la luz del sol captó mi atención. Me agaché para examinarlo. Era un trozo de plexiglás, casi la única pieza de escombros que quedaba del edificio destrozado. Debía de ser parte del equipo utilizado para experimentos. En él había una palabra grabada: «Oxígeno».

Oxígeno. Nuestro vínculo común. Nuestra necesidad en común. Nuestro deseo común. Respirar, y respirar en libertad.

Respirar, pensé, mientras sujetaba este recordatorio, ese talismán en mis manos.

Aguanta.

El cambio se está produciendo.

—Jo-Anne McArthur, Toronto, septiembre de 2013



MODA Y
ENTRETENIMIENTO



**ESCARABAJO BÚFALO CABEZA DE JADE,
INSECTARIO DE MONTREAL,
CANADÁ, 2008**

Decidí empezar este libro con un escarabajo, ya que cuando pensamos en nuestra conexión con los animales no humanos nos vienen a la mente los mamíferos, las aves y quizás los peces, pero no los insectos. Si alguna vez pensamos en ellos, lo hacemos como portadores de enfermedades o como bichos repugnantes; protagonistas de nuestras pesadillas y de metamorfosis terroríficas, de enjambres, picaduras y garrapatas. Los insectos son nuestros compañeros más invisibles y más constantes. Los entomólogos calculan que la Tierra alberga entre seis y diez millones de especies de insectos, incluyendo medio millón de diferentes tipos de escarabajo y mil billones de hormigas (eso es un «1» seguido de quince ceros).

Al igual que ocurre con la mayoría de nuestro conocimiento acerca de la naturaleza, es ahora cuando estamos empezando a obtener una idea sobre la complejidad de estos animales. En enero de 2013, unos científicos suecos publicaron un documento donde presentaban pruebas acerca de que el escarabajo pelotero traza su camino por la noche orientándose por la Vía Láctea. Es maravilloso pensar que los escarabajos, al igual que nosotros, miran al cielo para obtener respuesta de adonde se dirigen: es un ejercicio de humildad reconocer que lo llevan haciendo durante mucho tiempo, mucho más que nosotros.

Este insecto vive solo en su terrario. Al igual que muchos animales que están encerrados, pasa la mayor parte de su tiempo caminando en círculos dentro del tanque, buscando un camino entre las paredes, intentando escapar.





EL MAYOR ESPECTÁCULO DE LA TIERRA AL AIRE LIBRE, LA ESTAMPIDA DE CALGARY, CANADÁ, 2006

Ya no quedan asientos para la Estampida de Calgary en esta calurosa tarde de julio. La Estampida, que dura una semana y recibe millones de asistentes, es el mayor rodeo de Canadá y el torneo más rico del mundo, donde se otorgan más de dos millones de dólares canadienses en premios cada año.

Cuando pasé una semana haciendo fotografías entre bastidores y durante el periodo previo a la Estampida, estaba interesada en cuánto invertiría cada persona para convertirse en lo que podría llamarse «la experiencia del vaquero» o, tal y como se cita en la página web de la Estampida, «cultura y tradición del Oeste». La gente lo festeja como si fueran vaqueros y vaqueras. Los hombres se muestran viriles, chuleándose en sus pantalones vaqueros, sus sombreros y cinturones de hebillas gigantes; y las mujeres llevan botas y minifaldas. Es evidente que hay cierta comodidad y sensualidad entre los participantes en este juego de roles de género.

Esta fotografía es de un «Derribe de novillo»², una prueba que, como su nombre indica, derriba totalmente al ternero, su nombre y su edad. En esta prueba se coloca al ternero en un toril. Cuando el vaquero está listo, se empuja al ternero para que corra desde el toril al ruedo. El vaquero sale poco después de su apiñadero montado a caballo y caza y lacea al ternero por el cuello. Después de un galope breve, el hombre desmonta, llega hasta el ternero, arroja al animal sobre su espalda y ata juntas tres de sus patas. Aquí, un vaquero camina después de realizar la

prueba en 7,4 segundos. Se puede utilizar a un ternero para el «Derribe de novillo» docenas de veces a lo largo de su vida.

Desde mi posición adelantada, me agaché lo máximo que pude para intentar mostrar lo que estaba ocurriendo desde la perspectiva del ternero. Lo que terminaba en mi línea de visión era el cartel —«El mayor espectáculo al aire libre de la Tierra»— sobre el bebé atado. El hombre arrogante, el ternero y el caballo forman un «triángulo» visual: el caballo observa al ternero, el ternero devuelve la mirada al caballo. El vaquero, que esquiva la mirada del ternero y observa más allá de su caballo al público, nos recuerda que nuestro frágil ego y la necesidad de la aceptación social no tienen nada que ver con los animales con los que interactuamos —aunque a menudo sean nuestras víctimas—.

Para mí, el conjunto de perspectivas presentado por el triángulo abierto del ternero, el vaquero y el caballo plantea una serie de preguntas. ¿Qué piensa el caballo sobre el hombre que lo monta? ¿El caballo reconoce que está tan atado y amarrado al ternero como el ternero a él? ¿La mirada del ternero es un reclamo silencioso para que el caballo reconozca su destino común?





REAL FERIA INVERNAL AGRÍCOLA, TORONTO, CANADÁ, 2009

El **Ricoh Coliseum** del centro de Toronto ofrece más de nueve mil plazas para los que asistan a la Real Feria Invernal Agrícola que se celebra en noviembre. Es una feria ganadera y un medio para enseñar a los jóvenes las prácticas agrícolas y ganaderas, principalmente mediante el sistema 4-H americano³. La Feria Invernal, que comenzó en 1922, cuenta con 340.000 visitantes al año y se promociona como una vía para acercar el campo a la ciudad durante dos semanas —lo que resulta irónico ya que las granjas industriales han despojado al paisaje norteamericano de sus pequeñas granjas familiares—.

El adiestrador está empujando al toro, que aparece en el centro, para ensillarlo y montarlo a lo bronco. El toro será dirigido hacia el toril, que está construido por barreras y compuertas móviles que conducen a los caballos y a los toros al interior y al exterior del ruedo.

No es cierto que los toros y los caballos cocen porque los hombres se sientan sobre sus lomos. Lo que provoca que el animal suelte coces es un pretal fabricado de cuero o una cuerda forrada de badana. El pretal va enganchado alrededor de la cintura, de tal forma que raspa y molesta al animal, que da patadas para intentar librarse de él. En cuanto el jinete se levanta y desmonta, después de una exitosa monta de ocho segundos, dos hombres a caballo cazan al animal y lo tumban, desabrochan el pasador que sujeta el pretal y así finaliza el coceo.

Una característica de la Feria Invernal es que es imposible expresar, a través de la fotografía,

la cacofonía que se escucha dentro del ruedo. Debido a los altos techos, el hormigón y el metal, hay ecos y distorsiones que hacen imposible escuchar a nadie por encima del rugido del comentarista, amplificado de forma chirriante, y el alboroto de los aplausos de los espectadores. Los que estamos en el auditorio tenemos que gritar para poder oírnos. El ruido ahoga los bramidos y bufidos de los toros a los que se empuja hacia los toriles.

He estado en muchos rodeos y he tomado muchas imágenes, pero ese día me estaba costando conseguir una foto original. Cuando lo consigo, descubro que normalmente solo tengo que moverme unos metros hacia la izquierda o hacia la derecha y la perspectiva cambia; y entonces la escena se vuelve a enmarcar. En este caso, salí a tiempo del ruedo para ver un palo que bajaba por la espalda del toro, por debajo de las gruesas botas de cuero del vaquero, que estaba subido sobre las compuertas donde se sentaban los hombres.

Para mí, esta imagen define la experiencia de muchos animales en este libro. Se gire hacia donde se gire, el animal se enfrenta a las barreras fabricadas por el hombre. Palos y picas eléctricas de alto y bajo voltaje sacuden a estas criaturas dentro de un universo de metal y de hombres. Este toro vive bajo las botas del adiestrador —botas fabricadas de cadáveres de otros toros y vacas—. En el centro de la fotografía, la camisa roja del adiestrador evoca el color de la sangre y del peligro.

CARRERA DE GALGOS, GEELONG, VICTORIA, AUSTRALIA, 2010

Las carreras de galgos todavía son legales en Australia, donde la industria del juego y las apuestas están floreciendo. La vida de competición de un galgo es muy corta —comprendida entre los dos y los seis años de edad—. Si el perro de esta fotografía no corre bien, puede ser su última carrera, después de la cual probablemente sea desechado. En el estado de Victoria, al igual que por todo el continente, los activistas trabajan de forma conjunta para conseguir que los galgos sean adoptados en vez de sacrificados, un proceso que puede llevar hasta seis o siete meses, periodo durante el cual los animales viven en pequeñas y desoladas jaulas.

Antes de la carrera, se pesa a los galgos (al igual que los luchadores antes de un combate de boxeo) y un oficial asegura que cada animal está en condiciones de correr. Poco antes de ser dirigidos a la trampa, los entrenadores llevan a los galgos a un corral donde son exhibidos y la gente puede alcanzar y tocar

a los perros. El día que hice esta fotografía, unos niños y sus padres expresaban su interés en hacerlo.

La malla de alambre alrededor de la boca del perro evita que los animales se muerdan durante la carrera. Ya sabemos que los niños se comportan con los animales de una forma que los adultos han olvidado. Ven en ellos a personas o amigos; y no comida, ropa o fuente de ingresos. Debemos incitar a los niños a que sean buenos con los animales y a cuidar de ellos como forma de socializarse; y ayudarles a aprender sobre el cuidado de alguien. Sin embargo, también nos inquieta que se preocupen demasiado, que empiecen a hacer preguntas sobre por qué los adultos tratan a los animales tan duramente y pidan un cambio. Igual que el entrenador de la fotografía, nos gusta mantener nuestra relación con los animales con correa corta: podemos tocar, pero solo un momento; podemos tener un vínculo, pero en su justa medida.





WE ANIMALS

«Totalmente revolucionario. Estas imágenes nos transportan a lugares oscuros y ocultos que solo han visitado algunas personas valientes como Jo-Anne McArthur. Nos revelan las prácticas secretas que mucha gente no quiere conocer. Por el bien de los animales, os pido que no solo observéis, sino que sintáis; porque si conseguimos entender su sufrimiento, dejaremos de tolerarlo. De la misma manera, las imágenes conmovedoras al final del libro nos muestran el camino que lleva a la compasión».

— **DR. JANE GOODALL**, primatóloga y autora de *Reason for Hope*

«Las sorprendentes fotografías y los incisivos comentarios de Jo-Anne McArthur harán que os replanteéis vuestra relación con otros animales. Su cámara nos introduce en algunos de los lugares más tenebrosos de la explotación y del maltrato con el fin de que observemos lo que con frecuencia ocultan. Sin embargo, también celebra la ternura, la compasión y la alegría de vivir, tanto de los humanos como de los no humanos».

— **JOAQUIN PHOENIX**, actor

«En la introducción del libro, Jo-Anne McArthur sugiere que nos tomemos tiempo no solo para mirar, sino para *ver* a los animales no humanos que ha fotografiado. Debería haber añadido que también espera que no solo oigamos, sino que escuchemos las palabras que ha escrito. Es raro que el poder de lo visual y lo auditivo consigan unirse de una forma tan impresionante».

— **TOM REGAN**, presidente de The Culture & Animals Foundation, y autor de *Jaulas vacías*

«*We animals* nos muestra una visión fotográfica increíble sobre la realidad de una humanidad muy poco compasiva. Siempre he mantenido que la cámara es el arma más poderosa que jamás se haya inventado, y en manos de Jo-Anne McArthur resulta totalmente demoledora, desvelando la terrible crueldad infligida en nombre de la investigación, la alimentación o el entretenimiento».

— **PAUL WATSON**, fundador de Sea Shepherd Conservation Society

LOS BENEFICIOS DE ESTE LIBRO
SON DESTINADOS A:

IGUALDADanimal

PLAZA Y VALDÉS

EDITORES

WWW.WEANIMALS.ORG
WWW.PLAZAYVALDES.ES

ISBN 978-84-16032-99-0



9 788416 032990